

EL 91 Y LA LITERATURA

Bernardo Subercaseaux

La Guerra Civil del 91 fue un conflicto que directa o indirectamente involucró a toda la sociedad de la época. Tuvo consecuencias políticas, económicas e institucionales. Pero también algunas repercusiones culturales. La más obvia e inmediata fue la incorporación de la propia “revolución” como tema de la producción intelectual y artística. En efecto, en las décadas que siguen al conflicto, un número no despreciable de novelas, memorias, testimonios, obras de teatro, poemas cultos y populares, abordan el tema. Son obras que giran en torno a la guerra civil y a Balmaceda, o a las cuales la contienda les sirve de trasfondo.

HISTORIA Y FICCIÓN

Las novelas publicadas en los años inmediatos a 1891 son de preferencia obras de tesis que suscriben abiertamente la postura de uno u otro bando. Entre las obras favorables a Balmaceda pueden mencionarse *¡Revolución! Novela histórica americana* (1894) de Anselmo Blanlot Holley; *La inconstancia o episodios de la revolución de 1891* (1894) de B. Sandemar y *Zozobras* (1896) de Benjamín Vicuña Subercaseaux. Se trata de enjuiciamientos históricos revestidos de una envoltura ficticia, envoltura que por lo general carece de autonomía y funciona más bien como un pretexto.

Blanlot Holley fue un militar y abogado liberal que tuvo una participación directa en la revolución, después de la cual emigró a Argentina, donde escribió y publicó su novela. “En forma de romance —dice en el prólogo— doy a luz la historia de la revolución chilena. Tomo los puntos culminantes del acontecimiento histórico y encuadro en él la creación de mi fantasía... siguiendo dos propósitos: popularizar la historia de la revolución y combatir a la oligarquía (clero y banqueros) que después del crimen pretende imponerse al país”. La obra cubre desde el 20 de junio de 1890 hasta fines de agosto de 1891. La trama es débil y casi inexistente. Se trata más bien de historia subjetiva desde la perspectiva de un miembro del bando vencido que de novela. El mismo autor dice que la obra se basa en opiniones propias y en hechos de los cuales él fue testigo. Por ejemplo un capítulo (“Los trabajadores nocturnos”) cumple el solo propósito de mostrar que el Club de la Unión fue el centro de la “conspiración oligárquica” contra Balmaceda.

Ni Blanlot ni Sandemar eran escritores de oficio y ello se nota. El intento de novela histórica de este último combina la relación amorosa de un hacendado y joven político liberal con el trasfondo de la guerra civil. Cada capítulo incluye un párrafo inicial en que el narrador se transforma en historiador. En el transcurso de la obra la contienda pasa a primer plano. La novela termina con una suerte de rectificación histórica (discursiva) en pro del balmacedismo.

Zozobras, del hijo de Vicuña Mackenna, escrita cuando éste sólo tenía 21 años, es tal

vez la más interesante entre las novelas tempranas favorables al balmacedismo. Penetra literariamente en los episodios históricos, los narra en lugar de enjuiciarlos. Intenta combinar verosimilitud literaria con verdad histórica. Describe con detalles las batallas de Concón y Placilla, los saqueos, y también, en forma memorable, la muerte del general Barbosa en manos de fieras sanguinarias. Es una obra más ecuánime pero al mismo tiempo con una visión moral: en la guerra todos se deshumanizan y se convierten en bestias.

Entre las novelas anti-balmacedistas pueden mencionarse *La venganza de una loca o diarios de la dictadura* (1891) de Luis de la Mar y Rotti; *Los últimos proyectos de Eduardo Castro* (1897) de René Brickles Velasco. Se trata también de obras de tesis, literariamente pobres, con residuos tardorrománticos. La primera es casi un panfleto (finaliza con unas odas al general Körner) y la última, aunque carece de méritos literarios, plantea una tesis curiosa desde el punto de vista historiográfico: la idea de que la derrota del gobierno de Balmaceda se habría debido a la corrupción de los militares balmacedistas, militares que aparecen presentados como inmorales y corruptos.

Frente a este cuadro de pobreza literaria y de obras que tienen probablemente mayor relevancia como fuente histórica, se destaca una novela publicada casi 25 años más tarde. Se trata de *A través de la tempestad. (Recuerdos del tiempo viejo. La revolución de 1891)* (1914) de Luis Orrego Luco. Escritor de oficio, Orrego Luco novela en un friso de siete obras, (a lo Balzac o Pérez Galdos), el período que va desde 1880 a 1914. El mundo de seis de estas novelas se centra en la “belle époque” criolla, en la aristocracia y plutocracia santiaguina. El autor presenta a este grupo como un sector degradado que se rige por contravalores: el dinero, la especulación, el lujo y la apariencia; como un grupo social que abandonó los antiguos valores de la sangre, el trabajo honesto, el recato y la tradición.

Los dos tomos de la novela ofrecen una contradanza bien ensamblada de hechos y personajes históricos y ficticios. La guerra civil adquiere en esta obra un carácter edificante: es vista como un momento en que todavía la aristocracia se regía por ideales y era capaz de sacrificar la fortuna y hasta la vida por sus principios. En buenas cuentas el tema del 91 está recreado con una perspectiva crítica a la elite dirigente y a la crisis moral del período en que se escribió la novela: el parlamentarismo posterior a Balmaceda. Orrego Luco fue probablemente uno de los escritores más importantes de la época. Un autor comparable, a nuestro juicio, en el terreno de la novela histórica, a Alberto Blest Gana.

AVENTURA Y MODERNIDAD

Resulta curiosa y decidora la diferencia entre el uso literario que hicieron de la guerra civil autores chilenos y autores extranjeros. El conflicto del 91 concitó, como se sabe, gran interés internacional, algunos diarios europeos —como el *Times* de Londres— enviaron corresponsales permanentes al país. Para el imaginario social europeo la guerra civil chilena aparecía como un conflicto novedoso que ocurría en los confines del mundo, pero que estaba signado por rasgos de aventura y modernidad. No es casual que dos de los más famosos novelistas ingleses para adolescentes hayan recurrido a ese escenario para situar sus héroes (Frank Cowper *The Hunting of the Auk. The adventures of a boy*, 1894, y Herbert Hayens *The President's Scout*, 1904) y que una autora alemana haya desplegado una trama sentimental usando como trasfondo al 91 (Helen von Muhlau *Liliana Saltern Santos. Ein chilenischer Roman*, 1909).

La primera de estas novelas sitúa la acción a bordo de una de las naves opositoras a Balmaceda, en la que viaja el niño protagonista; la segunda relata las aventuras y peripecias de un inglés en la guerra civil. Describe batallas, la muerte del presidente Balmaceda y los saqueos que siguieron a ella.

En ambas el tema de la guerra civil tiene el sabor de aventuras lejanas en países exóticos, como podría ser para nosotros Marruecos, Alejandría o la guerra de los Boers.

También de un espacio en que conviven la lejanía de un lugar exótico con la modernidad: con el uso de telégrafos, de armas y estrategias que se consideraban militarmente novedosas para la época.

TEATRO DE CIRCUNSTANCIA

En cuanto al teatro en torno al 91, ocurre lo mismo que con las primeras novelas: obras de tesis que siguiendo una línea costumbrista o de teatro histórico-patriótico se sitúan en uno u otro bando. Entre las piezas contrarias a Balmaceda puede mencionarse *Siete de enero. Drama en 5 actos sobre episodios de la revolución de 1891* (1892), de Francisco Caballero. La acción de esta obra está situada en la sala del Comité que preside “el intrépido caudillo Jorge Montt”. Más que acción se trata de diatribas y acusaciones a los balmacedistas. Obra discursiva, sin ilación argumental, burdamente maniqueísta y plagada de adjetivos, que pone en escena a un Balmaceda iracundo, terco y cruel.

Más logradas son algunas de las obras probalmacedistas, especialmente *Un drama sin desenlace* (1892) del periodista y dramaturgo Juan Rafael Allende. Antes de la guerra civil, este polémico diarista —vinculado al partido democrático— había estrenado una alegoría crítica a la gestión y gobierno de Balmaceda: *La República de Jauja* (1889). El presidente aparecía caracterizado como Camaleón II, y la obra fue prohibida después que en su estreno en el teatro del cerro Santa Lucía, uno de los personajes alegóricos (“la verdad”) salió a escena casi desnudo. A partir de 1890 Juan Rafael Allende se plegó al balmacedismo, y luego de Placilla fue puesto en prisión, y estuvo a punto de ser fusilado.

Un drama sin desenlace está dedicado a los leales del antiguo ejército; el motivo central de la obra es resaltar la defensa de una causa justa. Los protagonistas son el Coronel Julián Montero y su fiel cabo Hilario Fajardo; ellos, junto con los personajes populares y Balmaceda, encarnan la virtud, el patriotismo, la lealtad. En cambio doña Prudencia y los opositores a Balmaceda, encarnan el ocio, el egoísmo, la traición y el interés por el dinero. A pesar de su carácter maniqueísta y de tendencia, la obra tiene una arquitectura teatral, logra una tensión sostenida y momentos de emotividad. También está salpicada con momentos jocosos dedicados a ridiculizar los cuentos y rumores que circulaban sobre Balmaceda: por ejemplo que iba a matar a monjas y frailes. Todo ello la hace —en términos de construcción dramática— rescatable en relación al teatro chileno de la época.

Resulta por último sintomático de la escasa madurez alcanzada por la dramaturgia local, el hecho de que ninguna obra se haya hecho cargo de la situación más trágica y singular de la guerra civil: el suicidio del Presidente Balmaceda (ocurrido el mismo día que expiraba su mandato y que se celebraba la Independencia del país).

POESÍA Y MITO

El 91 tuvo repercusiones tanto en la poesía culta como en la popular. Raúl Silva Castro señala que “la revolución arrebató a Chile la primacía en la renovación modernista, que le había sido conferida (algunos años antes) por el propio jefe del movimiento (Rubén Darío)”. Es verdad que por la amistad de Darío con Pedro Balmaceda (hijo del presidente) el Palacio de Gobierno fue durante un tiempo el centro de la nueva sensibilidad. Sin embargo Pedro Balmaceda murió antes del conflicto, Darío se había ido ya del país y los modernistas vernáculos irrumpieron sólo después del 91 (Pedro Antonio González, Emilio Rodríguez Mendoza y Francisco Contreras, entre otros). Desde este punto de vista y contrariamente a lo que señala Silva Castro, la sensibilidad modernista experimentó más bien un proceso de continuidad entre, antes y después del conflicto.

Durante la última década del siglo, en la poesía culta, particularmente en la poesía civil de estilo liberal el tópico de Balmaceda se convirtió en un motivo recurrente. En *Parnaso Balmacedista* (1897) Virgilio Figueroa recopiló todas las poesías escritas en homenaje a J.M. Balmaceda. Los títulos son reveladores: “In Memoriam”; “Becquerianos a Balmaceda”; “Al mártir de la democracia”; “Al sol de septiembre”; “Al redentor de Chile”; “En el sepulcro de Balmaceda”. Se trata de sonetos y loas de circunstancia, curiosidades literarias con mucha palabra y poco estro.

Muchas de estas poesías son indicios del proceso de mitificación póstuma de Balmaceda. Un (mal) soneto de Exequiel Guzmán Luco, otrora enemigo público del Presidente, dice, en su primer cuarteto y último terceto, lo siguiente:

“Yo maldije tu ser, hasta tu nombre;
Y dije que jamás, la Patria historia,
Inscribiera en sus fastos la memoria
De un infiel Magistrado, de un mal hombre.

Mas cuando vi tu proceder austero,
Y después la traición, y tu martirio,
¡Salve al grande Hombre! dije con delirio”.

En la poesía popular, sobre todo en las décimas, el tema del 91 fue asumido con más frescura y distancia, y sobre todo con un tono menos retórico o empaquetado. Por ejemplo, en unas hojas de lira que circularon durante 1891 firmadas por “Juan Historia”, la guerra civil aparece como el referente básico de un “Contrapunto entre el diablo y la muerte”. El diablo le reclama a la muerte, caracterizada como una vieja usurera, por “alimento”. “Diga, comadre sin diente” le dice

“¿desde cuándo anda curada, que faltándome la gente, no me prepara otra hornada?”

Y la Muerte le responde:

“Diablo, cuernos de tizón,
cola de chivato alzado,
¿me ha puesto obligación
de darte el pan amasado?”

Más adelante la Muerte le dice:

“Si me tratas con respeto
te diré por mis cabales

que tengo un saco repleto
con mil constitucionales”.

LA MEMORIA HISTÓRICA

Probablemente el legado (literario) más importante del 91, en calidad y cantidad, se encuentra no en los géneros tradicionales sino en los recuerdos, testimonios, impresiones y memorias. De entre las cerca de treinta obras que se pueden incluir en esta categoría vale la pena destacar algunas. *La revolución de 1891. Memorias* (1914) de Fanor Velasco, por su ecuanimidad y valor histórico; *Últimos días de la administración Balmaceda* (1899) de Emilio Rodríguez Mendoza, por su interés literario y vivacidad descriptiva; y *Dark days in Chile* (1892) de Maurice Hervey, porque se trata —a nuestro juicio— de un testimonio que sólo requiere de un buen guionista para transformarse en una excelente película. Esta última obra, escrita por el corresponsal del *Times* en Chile, se tradujo y publicó en Buenos Aires con el título de *Días oscuros en Chile* (1974).

A modo de conclusión podemos, entonces, señalar, que un examen somero de la producción literaria en torno al 91 revela que a fin de siglo la literatura chilena carecía todavía de autonomía y madurez, y que seguía siendo, hasta cierto punto, un subproducto de la historia o de la política. De allí que la producción en cuestión —salvo contadas excepciones— tenga mayor interés como fuente o testimonio para la investigación histórica que un valor propiamente literario. Revela también que a diferencia de otros procesos históricos —como fue el caso de la revolución mexicana o cubana— en el conflicto chileno no hubo un cambio cultural profundo ni menos una discontinuidad en cuanto a las preferencias y sensibilidades literarias.

Lo único que sucedió es lo que hemos intentado mostrar en este artículo: la irrupción de un nuevo tema, de un drama histórico que ofrecía grandes posibilidades para el realismo y naturalismo literarios. Desafío que sin embargo fue acometido fundamentalmente por escritores carentes de oficio con los consiguientes magros resultados.